

LOS GRANDES RESPONSABLES DEL FRACASO DEMOCRÁTICO EN MÉXICO EL AÑO DE 1940

Por Diego Arenas Guzmán

Al reimprimir los “Apuntes” del señor General Juan Andreu Almazán sobre el desarrollo de la campaña cívica habida en nuestro país para la sucesión presidencial de don Lázaro Cárdenas, creo de mi deber la emisión de algunas consideraciones bajo mi rigurosa y absoluta responsabilidad, que, en manera alguna implican jactanciosa convicción de ser juicios inapelables de verdad histórica; pero sí ardoroso anhelo de cooperación al esclarecimiento de aquella verdad.

Nada tan extraño a mi temperamento y a mis hábitos de escritor sin amos, como la apología anticipada de hombres a quienes ha de juzgar la historia, haciendo un equitativo balance de sus virtudes y sus defectos, de sus errores y sus aciertos.

Profeso la filosofía de que el hombre —caudillo o conductor de pueblos— sólo es grande por cuando sepa obedecer fielmente el mandato del destino histórico dentro de cuyo ambiente le tocó en suerte vivir.

Y rechazo por extremistas las vulgares concepciones de quienes suponen o afirman que el caudillo por sí mismo pueda sobreponerse a la fatalidad de su momento, y las de quienes imaginan, más con propósito demagógico que por convicción

sincera, la posibilidad de superación histórica sólo por obra de entusiasmo de las masas sociales, faltas de clases directoras y de hombres guías.

En la crisis, más que política, histórica, por la que acaba de pasar el pueblo mexicano, sería notoriamente injusto negar que la masa social dio manifestaciones impresionantes de su capacidad para salvar el abismo que la separa de una política orgánica y de una vida cívica institucional.

¿Falto caudillo?... ¿Faltaron clases directoras dignas de este designado por su alteza de miras, su comprensión del medio ambiente y su sentido de disciplina para con el hombre a quien ellas habían escogido como abanderado?...

Este es el debate que han abierto los “Apuntes” del señor General Andreu Almazán y del cual yo no quiero ocuparme, sino hasta que las versiones y los documentos exhibidos por las partes en controversia formen un acervo lo suficientemente copioso para intentar, siquiera sea con modestas probabilidades de acierto, la desinteresada tarea de crítica histórica.

Malaventuradamente, hasta hoy es poco lo que el investigador puede espigar para la consecución de aquel fin, entre la caliginosa literatura de las personas aludidas por el mismo señor General Almazán en estos “Apuntes”.

Puede haber mucho de verdad o toda la verdad, si se quiere, en los planfetos publicados en estos días para refutar al Sr. General Almazán; pero a toda conciencia limpia tendrá siempre que aparecer como un “verdad sospechosa” esa que, para expresarse, tiene que recurrir al vocablo procaz, al calificativo grosero, a la injuria denigrante y al argumento que, a fuerza de retorcerse, se vuelve contra la misma afirmación que se trata de probar.

Mas la verdad lleva en sí misma una dinámica tan poderosa, que desde el momento inicial de su gestación comienza a

desgarrar las sombras con que tratan de envolverla los pasionalismos, las incomprensiones o los menguados intereses de sus enemigos.

Este fenómeno es el que, a mi sano entender, ha ocurrido y está ocurriendo como floración de la campaña cívica realizada, con generosidad sin par, por nuestro pueblo entre los meses de agosto de 1939 y noviembre de 1940.

Por encima de las afirmaciones y las réplicas equivocadas e inverecundas, de los denuestos y de las inculpaciones apasionadas o injustas, puede ya decirse, sin temor alguno a ser desmentidos por la investigación histórica del futuro, que hubo dos grandes responsables de esta tragedia del civismo mexicano, que ha estrujado lo más noble e íntimo de la entraña popular:

El ex Presidentede México, General don Lázaro Cárdenas y el actual Presidente de los Estados Unidos del Norte, Mr. Franklin D. Roosevelt.

Cárdenas jugó despiadadamente con la fe del pueblo en la efectividad de los sistemas democráticos para darse el gobierno que mejor le pareciera; fe que el propio Cárdenas se encargó de robustecer y avivar con solemnes y reiteradas promesas de respeto al voto y de entrega del poder público a los hombres que resultaran designados por el mismo pueblo para desempeñar los cargos de elección popular.

Para incoar el proceso de Cárdenas, no se necesita ni siquiera tener a la vista los datos que inserta el señor General Almazán en sus “Apuntes”.

Los hechos son del dominio público; las declaraciones fueron pregonadas con estrépito de fanfarria, y la traición incalificable a la credulidad de toda una Nación, gritó en mensaje vitando por las bocas de las ametralladoras y las carabinas con que se acribilló al pueblo el día de las elecciones y con los rebuscados argumentos de leguleyo que se expusie-

ron para impedir la reunión de las juntas computadoras y del Congreso almazanistas, real y limpiamente electos por la mayoría de los ciudadanos mexicanos.

La responsabilidad del señor Roosevelt no es menor que la del ex Presidente Cárdenas; pero aparece, tal vez, con menos evidencia ante el criterio de una porción de mexicanos, desorientados por una propaganda habilidosa, a la que, consciente o inconscientemente, se han prestado varios de los líderes que lucharon en las filas del almazanismo durante las pasadas elecciones.

Con profundo estupor de mi parte, yo he escuchado de labios de algunos de esos líderes esta explicación INEXPLICABLE de por qué de la ruda campaña de prensa que iniciaron contra el General Almazán, desde antes de que este regresara a México para presentar ante el pueblo la renuncia del cargo para el que fue electo el día 7 de julio de 1940.

Que ellos, residentes a la sazón en San Antonio, del estado de Texas, habían decidido guardar silencio sobre el desenlace de la campaña cívica, para no contribuir a la dispersión de los grandes núcleos populares que se formaron alrededor de la candidatura del mismo General Almazán; pero que, al saber que éste, en las declaraciones que haría para fundar su renuncia, iba a inculpar al gobierno de los Estados Unidos del Norte de no haber guardado la neutralidad que privadamente le habían prometido algunos de los funcionarios de ese gobierno, se creyeron en la obligación de romper su silencio.

Por otra parte, el señor licenciado Víctor J. Velázquez, citado por el señor General Almazán como una de las personas que intervinieron en las gestiones de este mismo para asegurarse la neutralidad del gobierno norteamericano ante el conflicto intestino provocado en México por la conculcación del voto público, ha hecho recientemente declaraciones que

tienden a rehabilitar al señor Roosevelt y a sus colaboradores, como celosos paladines de la integridad de la democracia en América.

“Mi amigo —escribe el señor licenciado Velázquez—, el embajador Daniels, de cuya sinceridad tengo pruebas, me había manifestado la firme resolución de su gobierno de respetar la soberanía mexicana, absteniéndose de intervenir, en forma alguna, en la elección presidencial. Escritores, periodistas, funcionarios y hombres de empresa de Estados Unidos me confirmaron el punto de vista del señor Daniels. El Presidente Roosevelt me permitió hablarle ampliamente dos veces y me hizo el honor, que mucho agradezco, de sentarme a su mesa en ambiente de intimidad. Hombre que dejará huella profunda en la Historia, el Presidente Roosevelt es de trato agradabilísimo y posee una extraordinaria capacidad de retención. Está familiarizado con los problemas mexicanos, recuerda hasta por nombre a nuestros hombres públicos y profesa una sincera amistad a nuestro país. Dotado de refinada percepción, el Presidente Roosevelt concibe muy bien que las cuestiones de soberanía, además del aspecto legal, revisiten otro sentimental, muy respetable, y que la fibra patriótica del pueblo mexicano vibra fácilmente.

“A cuantos permanecemos en Estados Unidos nos consta que el gobierno americano dio pruebas de su neutralidad”.

El entusiasmo del señor licenciado Velázquez por el Presidente Roosevelt lo hace, indudablemente, olvidar algunos hechos que desdican rotundamente la ejemplar y beatífica neutralidad de que nos habla.

Esos hechos nos constan a algunos millones más de mexicanos —cerca de veinte—, que los que permanecieron en los Estados Unidos en los últimos meses anteriores a la toma de posesión del señor General Manuel Ávila Camacho.

Son los siguientes:

A las incontables pruebas que el gobierno de los Estados Unidos recibió, por conducto de sus agentes en México y de periodistas compatriotas suyos aquí residentes o especialmente enviados por las empresas editoras para asistir al proceso electoral en nuestro país, sobre la incontrastable supremacía del General Almazán como candidato a la Presidencia de la República, respecto al señor Ávila Camacho; el día 7 de julio de 1940 pudo agregar un indiscutible testimonio del fraude que tenía resuelto llevar a cabo el régimen cardenista, para imponer al señor Ávila Camacho y a los diputados y senadores de la planilla oficial.

Ese testimonio consistió en las copias de boletines que el señor General Almazán entregó en mi presencia y en su casa, desde poco después de las nueve de la mañana, a los representantes de los principales diarios de los Estados Unidos; boletines cuyo contenido era el texto de las informaciones que, por órdenes de la Secretaría de Gobernación, habrían de perifonear las estaciones radio-difusoras de esta capital, dando cuenta del resultado de las elecciones, que todavía no se empezaban a hacer, y del triunfo del señor Ávila Camacho en diversos estados de la República.

Los representantes de la prensa norteamericana a quienes me refiero acudieron, y lo hicieron, a cotejar el texto de los boletines que les había entregado el General Almazán, una hora y media después cuando comenzó a ser transmitido por las estaciones radiodifusoras.

El General Almazán se refiere a este hecho en sus “Apuntes”, pero como está ahora de moda decir que miente en todo y por todo, yo he querido empeñar, como empeño aquí, mi palabra de honor en prenda de la exactitud de su versión, que, por lo demás, está también plenamente corroborada por las informaciones que el día 8 de julio publicaron casi todos los grandes diarios de los Estados

Unidos, bajo la responsabilidad de sus representantes o enviados especiales en México.

No podía, pues, caber la menor duda al Presidente Roosevelt respecto a que los diputados y senadores que oficialmente aparecieron como electos en nuestro país, llevaban a nuestro Congreso de la Unión credenciales salpicadas de sangre y que chorreaban desvergüenza y fraude.

Ya no desde el punto de vista moral, y como exponente de la causa de la democracia en el mundo, tan rudamente apoyada por Cárdenas y su partido; sino dentro de las normas rígidas del Derecho, el señor Roosevelt, tan “familiarizado con los problemas mexicanos”, debió de haber comprendido que México entraba a un conflicto de orden legal interno, ante el que una sincera y leal neutralidad de las naciones amigas imponía suspender las relaciones diplomáticas con el régimen que iba a nacer como fruto del fraude y que, por tanto, traía todas las características de una usurpación.

Antecedentes de lo que es una verdadera neutralidad pueden encontrarse en la conducta del Presidente Wilson durante los primeros meses del régimen encabezado en México por el General Victoriano Huerta.

El retiro del Embajador Henry Lane Wilson y el hecho de no sustituirlo por ningún otro diplomático de igual rango, bastaron para que el pueblo mexicano se diera cuenta cabal de que los Estados Unidos del Norte no sería un obstáculo en la lucha que iba a emprender por la restauración del orden constitucional.

Esta vez, a pesar de las pruebas evidentes a que me he referido respecto a la inconstitucionalidad del Poder Legislativo impuesto por Cárdenas, el señor Daniels, el sincero amigo del señor licenciado Velázquez y representante del señor Roosevelt, “que profesa una sincera amistad a nuestro país”, concurrió el día 1º de septiembre de 1940 a la solemne inau-

guración del Congreso espurio, y aplaudió el ultrajante discurso del señor General Cárdenas –ultrajante para el pueblo mexicano–, y siguió cultivando oficialmente las más cordiales relaciones con el gobierno que se había puesto fuera de la ley al contrariar el supremo mandato de nuestra Constitución, que hace dimanar todo poder de la voluntad del pueblo...

¡Pero eso sí: En tanto que en México era apuñalada la Constitución y vilipendiada la democracia, con aplausos y felicitaciones del Embajador de los Estados Unidos del Norte para los conculcadores, el señor licenciado Velázquez y los voluntarios desterrados almazanistas en San Antonio Texas y en otros lugares de la Unión Americana, recibían conmovedoras muestras de simpatía y de amistad!

Si el General Almazán faltó o no faltó a su deber al no encabezar una revolución en México para la defensa del voto defraudado es punto que sólo compete a los mexicanos discernir.

Pero no creo que pueda decirse mayor despropósito que el de, a guisa de defensa del gobierno norteamericano, argüir que, debido a la tardanza del General Almazán en crear “una situación de hecho”, los pobrecitos de los Estados Unidos se vieron obligados a reconocer al señor Ávila Camacho y a enviarle, en señal gratísima de amistad, como embajador especial para su toma de posesión, al Vicepresidente electo de aquella República.

Pues qué, ¿la legalidad del General Almazán, perfectamente conocida por el Presidente Roosevelt, se perdía sólo porque aquél no asaltara el poder, antes del día 1º de diciembre, por medio de una revolución o de un cuartelazo?

Y la neutralidad, ¿no consistía en mantenerse sin inclinación hacia ninguno de los dos candidatos mexicanos que alegaban derechos a la presidencia de la República, hasta que el pueblo, después del 1º de diciembre, manifestara claramente a quién ampara su soberanía?

Estas reflexiones, que a mí me parecen sustentadas por el buen sentido, son las que me sirven de base para declarar la ineludible responsabilidad del Presidente Roosevelt en el fracaso del intento democrático más serio y entusiasta que en toda su historia haya hecho el pueblo de mi Patria.

Ningún rencor, ningún odio racial, del que me siento por completo libre, me inspiran al escribir estas páginas de introducción a los “Apuntes” o Memorias del señor General Almazán.

Mi propósito es constructivo; tiende a contribuir a la depuración de la verdad histórica, y estará satisfecho si mis compatriotas, al revisar el historial de sus grandes descabros cívicos y sociales, encuentran aquí elementos para apreciar todos los factores concurrentes a éstos.

Mas no es solamente el pueblo mexicano quien puede aprovechar la lección: Es toda la América, y especialmente la de habla española, la que debe tomar notas que le sirvan para no dejarse sorprender por quienes, diciéndose paladines y custodios de la democracia, no saben, en el momento en que ésta sufre doloroso trance en algún pueblo débil, concordar la sonoridad y hermosura de las proclamas con la austeridad y la limpieza de las acciones.